

Yuval Noah Harari *Homo Deus: A Brief History of Tomorrow* [*Homo Deus: una breve historia del mañana*] Harvill Secker, 2016, 448 páginas

*Homo Deus* es un libro publicado en 2016 en el que el historiador israelí Yuval Noah Harari intenta hacer una historia del futuro de la humanidad. Sin duda ese es un proyecto sumamente arriesgado y ambicioso, ya que incluso narrar o escribir la historia del pasado es un trabajo extremadamente complejo y controversial. Suponer que es posible hacer un relato del pasado completamente objetivo, sin interpretación alguna, es cegarse a la evidencia. Todo relato es un resultado de los datos escogidos y de la particular interpretación que la posición subjetiva del autor determina.

Harari considera que

en las últimas décadas hemos logrado frenar el hambre, la peste y la guerra. Por supuesto, estos problemas no se han resuelto por completo, pero se han transformado de fuerzas de la naturaleza incomprensibles e incontrolables en desafíos manejables. No necesitamos rezarle a ningún dios o santo para que nos rescate de ellos. Sabemos muy bien lo que hay que hacer para prevenir el hambre, las plagas y la guerra, y normalmente lo conseguimos. Es cierto que todavía hay fracasos notables; pero cuando nos enfrentamos a tales fracasos, ya no nos encogemos de hombros y decimos: «Bueno, así es como funcionan las cosas en nuestro mundo imperfecto» o «Hágase la voluntad de Dios». Más bien, cuando el hambre, la plaga o la guerra se escapan de nuestro control, sentimos que alguien debe haber cometido un error, establecemos una comisión de investigación y nos prometemos que la próxima vez lo haremos mejor. Y realmente funciona. De hecho, tales calamidades ocurren cada vez con menos frecuencia,

y se pregunta

¿qué vamos a hacer con nosotros mismos? En un mundo sano, próspero y armonioso, ¿qué demandará nuestra atención e ingenio? Esta pregunta se vuelve doblemente urgente dados los inmensos nuevos poderes que nos brindan la biotecnología y la tecnología de la información. ¿Qué haremos con todo ese poder?

Yuval Harari cree firmemente que

la modernidad es un pacto en el que el hombre ha aceptado cambiar el sentido profundo de la vida por el poder. En las épocas premodernas, los humanos aceptaban generalmente que había un plan elaborado por los

dioses o bien por las leyes del universo y que ese plan era lo que le daba sentido a la vida humana.

Así pues, Harari no solo tratará de responder en *Homo Deus* a esa pregunta en términos fácticos, es decir, lo que probablemente sucederá debido a los prodigiosos y acelerados avances científicos y tecnológicos y sus consecuencias sociales, sino que en su libro plantea respuestas éticas aun cuando paradójicamente afirma que no hay evidencia alguna de que exista algo llamado libre albedrío humano ni tampoco nada que sustente dentro de cada individuo de la especie *Homo sapiens* un yo esencial que sea capaz de decidir sobre sus propias conductas.

«En 2016, el mundo está dominado por el paquete liberal de individualismo, derechos humanos, democracia y libre mercado. Sin embargo, la ciencia del siglo XXI está socavando los cimientos del orden liberal». Esto es debido a

que la ciencia no se ocupa de cuestiones de valor y no puede determinar si los liberales tienen razón al valorar la libertad más que la igualdad, o al valorar al individuo más que al colectivo. Sin embargo, como cualquier otra religión, el liberalismo también se basa en lo que cree que son declaraciones fácticas, además de juicios éticos abstractos.

Harari argumenta que

atribuir el libre albedrío a los seres humanos no es un juicio ético sino pretende ser una descripción fáctica del mundo. Aunque esta denominada descripción fáctica podría haber tenido sentido en los días de Locke, Rousseau y Thomas Jefferson, no encaja bien con los últimos descubrimientos de las ciencias de la vida.

Es evidente que, en el siglo XVIII, el *Homo sapiens* era como una misteriosa caja negra, cuyo funcionamiento interno estaba más allá de nuestro alcance. Por lo tanto, cuando los estudiosos se preguntaban por qué un hombre sacó un cuchillo y apuñaló a otro hasta matarlo, una respuesta aceptable diría: «Porque eligió hacerlo». Usó su libre albedrío para elegir el asesinato, razón por la cual es totalmente responsable de su crimen. Durante el último siglo, cuando los científicos abrieron la caja negra del sapiens, no descubrieron allí ni un alma, ni el libre albedrío, ni un «yo», sino tan solo genes, hormonas y neuronas que obedecen a las mismas leyes que gobiernan el resto de la realidad física. Hoy en día, cuando los estudiosos preguntan por qué un hombre sacó un cuchillo y apuñaló a alguien hasta matarlo, la respuesta «porque él eligió» no tiene sentido. En cambio, los genetistas y los neurocientíficos nos proporcionan una explicación mucho más detallada: «Lo hizo debido a tales y

tales procesos electroquímicos en el cerebro, que fueron moldeados por una estructura genética particular, que refleja antiguas presiones evolutivas junto con mutaciones fortuitas». «Los procesos electroquímicos del cerebro que resultan en un asesinato son deterministas o aleatorios o una combinación de ambos, pero nunca son libres».

Harari refuerza su afirmación diciendo: «Estas precisiones acerca del libre albedrío o el «yo» no son solo hipótesis o especulaciones filosóficas. Hoy podemos usar escáneres cerebrales para predecir los deseos y decisiones de las personas mucho antes de que se den cuenta de ellos».

Sin embargo, una vez que aceptamos que no hay alma y que los humanos no tienen una esencia interior llamada «yo», ya no tiene sentido preguntar: «¿Cómo elige el «yo» sus deseos?».

A diferencia de otras religiones que nos prometen un premio en el cielo, el capitalismo promete milagros aquí en la tierra y, a veces, muchas veces incluso los proporciona. Gran parte del mérito de superar la hambruna y la plaga pertenece a la ardiente fe capitalista en el crecimiento. El capitalismo incluso merece algunas felicitaciones por reducir la violencia humana y aumentar la tolerancia y la cooperación.

Así, de su compromiso con el crecimiento económico, el capitalismo ha elaborado también un decálogo del cual el primer y más importante mandamiento es invertir siempre las ganancias para mantener el crecimiento permanentemente. Así al cumplir con este mandamiento fundamental de la modernidad el «sistema» nos ha proporcionado un extraordinario poder, el poder que antes tenían los dioses premodernos.

Habrà que preguntarse

¿Cómo han sobrevivido y florecido la moral, la belleza e incluso la compasión en un mundo desprovisto de dioses, sin cielo y sin infierno? Los capitalistas, de nuevo, se apresuran a dar todo el crédito a la mano invisible del mercado. Sin embargo, la mano del mercado es tanto ciega como invisible, y por sí sola nunca podría haber salvado a la sociedad humana.

De hecho, declara Harari, ni siquiera una simple feria local puede mantenerse a sí misma sin la ayuda de algún dios, de las autoridades del gobierno o de alguna iglesia. Si todo está a la venta, incluidos los tribunales y la policía, la confianza se evapora, el crédito se desvanece y los negocios se marchitan. «¿Qué, entonces, ha rescatado a la sociedad moderna del colapso? La humanidad ha sido salvada

no por la ley de la oferta y la demanda, sino por el surgimiento de una nueva y revolucionaria religión: el humanismo» afirma categóricamente Yuval Harari.

Así, él insiste

el pacto de la modernidad nos ofrece poder, con la condición de que renunciemos a nuestra fe en un gran plan cósmico que dé sentido a la vida. Sin embargo, cuando uno examina el contrato de cerca, encuentra una astuta cláusula de escape. Si los humanos de alguna manera logran encontrar un significado sin derivarlo de un gran plan cósmico, esto no se considera un incumplimiento del contrato. Esta cláusula de escape ha sido la salvación de la sociedad moderna, porque es imposible mantener el orden sin atribuirle un sentido.

«Hasta ahora hemos hablado del humanismo como si fuera una única visión del mundo coherente» nos dice Harari.

De hecho, el humanismo compartió el destino de todas las religiones exitosas, como el cristianismo y el budismo. A medida que se extendió y evolucionó, se fragmentó en varias sectas en conflicto. Todas las sectas humanistas creen que la experiencia humana es la fuente suprema de autoridad y significado, pero interpretan la experiencia humana de diferentes maneras. El humanismo se dividió en tres ramas principales. La rama ortodoxa sostiene que cada ser humano es un individuo único que posee una voz interior distintiva y una serie de experiencias que nunca se repetirán. Cada ser humano es un rayo de luz singular, que ilumina el mundo desde una perspectiva diferente, y que agrega color, profundidad y significado al universo. Por lo tanto, debemos dar la mayor libertad posible a cada individuo para experimentar el mundo, seguir su voz interior y expresar su verdad interior. Ya sea en política, economía o arte, el libre albedrío individual debería tener mucho más peso que los intereses estatales o las doctrinas religiosas. Cuanta más libertad disfrutaban los individuos, más hermoso, rico y significativo es el mundo. Debido a este énfasis en la libertad, la rama ortodoxa del humanismo se conoce como «humanismo liberal» o simplemente como «liberalismo».

Durante los siglos XIX y XX, a medida que el humanismo ganó mayor credibilidad social y poder político, brotaron dos ramas muy diferentes: el humanismo socialista, que abarcaba una plétora de movimientos socialistas y comunistas, y el humanismo evolutivo, cuyos defensores más famosos fueron los nazis. Ambas ramas estuvieron de acuerdo con el liberalismo en que la experiencia humana es la fuente última de significado y autoridad.

Ninguno de los dos creía en ningún poder trascendental ni en ningún libro de leyes divinas. Si, por ejemplo, le preguntaras a Karl Marx qué pasaba con los niños de diez años que trabajaban turnos de doce horas en fábricas llenas de humo, él habría respondido que eso hizo que los niños se sintieran mal. Debemos evitar la explotación, la opresión y la desigualdad, no porque Dios lo haya dicho, sino porque hacen a la gente miserable. Sin embargo, tanto los socialistas como los humanistas evolucionistas señalaron que la comprensión liberal de la experiencia humana es defectuosa. Los liberales piensan que la experiencia humana es un fenómeno individual. Pero hay muchas personas en el mundo y, a menudo, sienten cosas diferentes y tienen deseos contradictorios. Si toda la autoridad y el significado fluyen de las experiencias individuales, ¿cómo se resuelven las contradicciones entre diferentes experiencias de este tipo?

Un breve recorrido por los descubrimientos científicos más recientes socava sin duda la filosofía liberal. Por lo tanto, Harari, cree que es hora de examinar las implicaciones prácticas de estos descubrimientos científicos. Los liberales defienden los mercados libres y las elecciones democráticas porque creen que cada ser humano es un individuo de valor único, cuyas elecciones libres son la fuente última de autoridad. Sin embargo, en el siglo XXI, tres desarrollos prácticos podrán hacer obsoleta esta creencia:

1. Los seres humanos perderán su utilidad económica y militar, por lo que el sistema económico y político dejará de atribuirles mucho valor.
2. El sistema seguirá encontrando valor en los seres humanos colectivamente, pero no en individuos únicos.
3. El sistema seguirá encontrando valor en algunos individuos únicos, pero estos serán una nueva élite de superhumanos mejorados en lugar de la masa de la población.

Por ejemplo, la idea de que los humanos siempre tendrán una habilidad única más allá del alcance de los algoritmos no conscientes es solo una ilusión. El desarrollo de la inteligencia artificial (IA) así lo está ya demostrando. Harari nos dice:

La respuesta científica y tecnológica actual a esta quimera se puede resumir en tres simples principios:

1. Los organismos son algoritmos. Cada animal, incluido el *Homo sapiens*, es un conjunto de algoritmos orgánicos formados por la selección natural a lo largo de millones de años de evolución.

2. Los cálculos algorítmicos no se ven afectados por los materiales con los que se construye la calculadora. Ya sea que construyas un ábaco de madera, hierro o plástico, dos cuentas más dos cuentas equivalen a cuatro cuentas.

3. Por lo tanto, no hay razón para pensar que los algoritmos orgánicos puedan hacer cosas que los algoritmos no orgánicos nunca podrán replicar o superar. Mientras los cálculos sigan siendo válidos, ¿qué importa si los algoritmos se manifiestan en carbono o silicio?

«El problema crucial» nos advierte Yuval Harari

«será la creación de nuevos trabajos que los humanos realicen mejor que los algoritmos. La bonanza tecnológica probablemente hará que sea factible alimentar y apoyar a las masas inútiles incluso sin ningún esfuerzo de su lado. Pero ¿qué los mantendrá ocupados y contentos? La gente debe hacer algo o se volverá loca. ¿Qué harán todo el día? Las drogas y los juegos de computadora podrían ofrecer una solución. Las personas innecesarias podrían pasar cada vez más tiempo dentro de los mundos de realidad virtual en 3D, lo que les proporcionaría mucha más emoción y compromiso emocional que la monótona realidad exterior. Sin embargo, tal desarrollo asestaría un golpe mortal a la creencia liberal en el carácter sagrado de la vida humana y de las experiencias humanas. ¿Qué hay de sagrado en los vagabundos inútiles que pasan sus días devorando experiencias artificiales en la «Tierra del nunca jamás»?»

Las nuevas tecnologías del siglo XXI pueden, por tanto, revertir la revolución humanista, despojando a los humanos de su autoridad y, en cambio, potenciando los algoritmos no humanos. Si usted está horrorizado por esta dirección, no culpe a los fanáticos de las computadoras. En realidad, la responsabilidad recae en los biólogos. Es fundamental darse cuenta de que toda esta tendencia está impulsada por conocimientos biológicos más que por la informática. Son las ciencias de la vida las que han llegado a la conclusión de que los organismos son algoritmos. Si este no es el caso, si los organismos funcionan de una manera inherentemente diferente a los algoritmos, entonces las computadoras pueden hacer maravillas en otros campos, pero no podrán entendernos ni dirigir nuestra vida, y ciertamente serán incapaces de fusionarse con nosotros. Sin embargo, una vez que los biólogos llegaron a la conclusión de que los organismos son algoritmos, desmantelaron el muro entre lo orgánico y lo inorgánico, convirtieron la revolución informática de un asunto puramente mecánico en un cataclismo biológico y cambiaron la autoridad de los humanos individuales a los algoritmos en red.

Sin embargo, millones de personas han acogido ferviente y voluntariamente estos desarrollos científicos y tecnológicos. El cambio se está dando, no por las decisiones autoritarias de los gobiernos, sino por las decisiones, aparentemente «intrascendentes», de millones de usuarios de las redes digitales. Así, los humanos estarán perdiendo su autonomía frente a los algoritmos de la IA. Finalmente, la desigualdad entre los seres humanos crecerá sin medida creando un sistema de verdaderas castas separadas entre ellas por una distancia intransitable.

Harari concluye que la intención de este libro es rastrear los orígenes de nuestro condicionamiento actual para poder aflojar su control y permitirnos pensar de maneras mucho más imaginativas sobre nuestro futuro colectivo.

**Roberto Blum**

Universidad Francisco Marroquín  
robertoblum@ufm.edu